

mancha para terminar en una tumba veneranda; estuvo siempre *contento y festivo* porque no hizo mal á nadie, porque la dicha—según el Estagirita—consiste en hacer bien, y porque los débiles nubarrones de la pobreza, de las decepciones ó de las enfermedades, no son bastantes á empañar el cielo azul de un alma pura, y más que pura, grande....

Por eso el amado anciano fue en los tiempos primaverales de su existencia, *justo* como un varón bíblico, *bueno* porque “hizo gozar”—según la frase de Saadi—porque esparció luces para el cerebro y perfumes para el corazón; fue *generoso* hasta entregar á sus conciudadanos, amigos y parientes todas las energías de su intelecto, todas las afecciones de su alma y todos los pocos recursos pecuniarios que llegara á obtener; fue, en fin, *tolerante* como toda sabiduría y como toda virtud.

Hé aquí por qué *su fin no le causó pena por lo pasado ni temor por lo venidero*, pues bien debió comprender él que su vida sería un ejemplo y su memoria un orgullo ó un altar respetado, nunca á obscuras ni desnudo, porque las vestales de la gratitud antioqueña mantendrán allí la lámpara siempre ardiente y las flores siempre perfumadas de la montaña.

Hé aquí por qué *su muerte es la noche de un hermoso día...; Y qué noche!* La noche de la conciencia, del honor; la noche de la miseria y del anquilamiento intelectual! La noche en que imperan las lechuzas y cárbos de mal agüero. ¡Cuánta sombra, cuánto desconsuelo! Oh! Dijo muy bien Sterne cuando exclamaba: “Cuando veo morir á un hombre honrado y vivir tantos malvados, siento enfáticamente la fuerza de este pasaje de los Salmos: *Dios no quiere la muerte del pecador*”.

Todavía nos queda algo, sin embargo, y es la memoria de los hombres como URIBE ANGEL: pudiera ser que el recuerdo de la vida de ellos nos salvara....; Qué bien hacen los que la perpetúan....!

EUSEBIO ROBLEDO.

### URIBE ANGEL, CIUDADANO

Creo que la mayor parte de los cerebros que se han dedicado á la hermosa tarea de entretéjer inmarcesibles para la memoria de este ilustre colombiano, han colocado yá en la corona gigantesca que encarna el aprecio de los vivos por el que en mala hora se fue, las flores de la Ciencia, del linaje, de la virtud y de las Letras. Traigo yo las mías, de tallos invisibles y todo lo incoloras que se quiera, pero por fortuna, no marchitas, pues que gracias á la admiración y al respeto que me inspiró aquel gran ciudadano, no parece sino que el profundo duelo del corazón les da fecundo riego que no las deja marchitarse. Ahóguese, pues, en buena hora, mi débil voz en este concierto de la desgracia del pueblo antioqueño, pero déjese señalar, desde la puerta del templo, el diamante de más brillo y que más robó mis ojos en la diadema de este cuasi-inmortal.

Prefiero á Uribe Angel como ciudadano. Evocando esta palabra, maltratada hoy por escritores políticos, y profanada por tantos que las llevan en sus hombros contraída y mal hecha, surge en

mi memoria la figura del muerto, que supo hacerse algo más que digno de ella.

De la ceremonia funeral de Uribe Angel guardé un detalle, nuevo para mí, que me sugirió el recuerdo de su rectitud: sobre su ataúd no vi una flor, ni una condecoración, ni una corona; nada.... ¡Y qué falta habían de hacer las flores, si á través de la severa textura de esa caja se veía todo el huerto florecido de sus virtudes! ¡Y qué las coronas, si ante el deber cumplido las hojas de laurel jamás se vieron, reservadas como están á los puños de las espadas ó á la lira del bohemio! Sienta mal un ramo de flores sobre el pico de una roca árida y gigantesca: sería un colgajo ante la majestad de la línea recta.

El deber es árido, es roca, y va en línea recta. Es el camino del ciudadano. No es ciudadano el habitante de las ciudades, ni el que ha cumplido la mayor edad.

El ciudadano requiere espíritu civilizado: el ciudadano es el hombre bueno.....¡y los hay tan pocos!

ANTONIO J. CANO.